que las lenguas son otros tantos métodos analíticos, no hubiera sido difícil encontrar las reglas del arte de raciocinar.

zos inútiles para descubrir las reglas del arte de raciocinar. No se sabia donde hallarlas, y se buscaban en el mecanismo del discurso: mecanismo que dejaba subsistir todos los vicios de las lenguas.

Para encontrarlas solo habia un medio: este era observar nuestro modo de concebir, y estudiarlo en las facultades de que nos dotó nuestra naturaleza. Era necesario advertir que las lenguas no son verdaderamente sino métodos analíticos: métodos muy defectuosos hoy, pero que han sido esactos, y que podrian aun serlo. No se las ha mirado bajo este aspecto, porque no habiendo notado cuan necesarias nos son las palabras para formarnos ideas de todas especies, se creyò que no tenian otra ventaja que la de ser un medio de comunicarnos nuestros pensamientos. Por otra parte, como en virtud de varias razones las lenguas pareciéron á los gramáticos y filòsofos arbitrarias, de consiguiente supusièron que estas no tienen otras reglas que los caprichos del uso; esto es, que muchas veces no las tienen; aunque todo

método las tiene, y debe tenerlas. No es de admirar, pues, que hasta ahora nadie haya sospechado que las lenguas sean otros tantos mètodos analíticos.

CAPITULO IV.

De la influencia de las lenguas.

Las lenguas forman nuestros conocimientos, opiniones y preocupaciones.

Supuesto que las lenguas, formadas á medida que analizamos, se han hecho otros tantos mètodos analíticos, se comprehende que nos es natural pensar con arreglo á los hábitos que en su virtud hemos contraido. Por ellas pensamos: como reglas de nuestros juicios forman nuestros conocimientos, opiniones y preocupaciones: en una palabra, nos hacen en este gènero todo el bien y el mal. Tal es su influencia, y no podia ser de otro modo.

Ellas nos estravian, porque son mètodos imperfectos; pero por la misma razon de ser mètodos, no son en todas sus partes imperfectas, y algunas veces nos conducen bien. Ninguno hay que con el solo socorro de los hábitos con-

traidos en su lengua, no sea capaz de hacer algunos buenos razonamientos. Así es como todos hemos principiado, y se ven frecuentemente hombres sin estudio raciocinar mejor que otros que estudiaron mucho.

Las lenguas de las ciencias no son las mas bien formadas.

Se desea comunmente que los filósofos hubiesen dirigido la formacion de las lenguas, porque se cree que de este modo se habrian formado mejor. Pero era menester que fuesen otros filòsofos, que los que conocemos. Verdad es que en las matemáticas se habla con precision, porque el algebra, obra de ingenio, es una lengua que no podia haberse formado mal. Tambien es verdad que algunas partes de la física y de la quimica han sido tratadas con la misma precision por un corto nùmero de ecselentes ingenios nacidos para observar bien. Pero en todo lo demas no veo que las lenguas de las ciencias hayan hecho ventaja alguna: tienen los mismos defectos que las otras, y aun mayores; muy á menudo se hablan sin decir nada: muchas veces se hablan tambien diciendo absurdos: y en general no parece que se ha-

blan con designio de darse á entender.

Las primeras lenguas vulgares han sido las mas aptas para raciocinar.

Yo conjeturo que las primeras lenguas vulgares fuéron las mas aptas para raciocinar; pues la naturaleza, que dirigia su formacion, á lo menos habia principiado bien. La generacion de las ideas y facultades del alma debia ser conocida en estas lenguas, donde la primera acepcion de una palabra era conocida, y donde la analogía daba todas las demas. Las ideas abstractas se esplicaban con los mismos nombres de las ideas sensibles de donde ellas se derivaban; pero en lugar de considerarlos como nombres propios de estas ideas, se les tenía como espresiones figuradas, que manifestaban su origen. Entonces, por ejemplo, no se preguntaba si la palabra *substancia* significa otra cosa que *lo que está debajo:* si la palabra *pensamiento* significa otra cosa que *pesar, equilibrar, comparar*. En una palabra, no se pensaba en hacer las preguntas que hoy hacen los metafisicos: las lenguas que respondían con anticipacion á todas, no permitian que se hiciesen, y no se

habia introducido aun la mala metafisica.

La buena empezò ántes de las lenguas, y á ella es á quien deben cuanto tienen de bueno; pero esta metafisica era entonces mas bien un instinto, que una ciencia: la naturaleza era quien guiaba á los hombres sin saberlo ellos mismos; y no se trató como ciencia la metafisica sino al tiempo que dejó de ser buena.

Son sobre todo los filósofos los que han introducido el desordeu en el lenguaje.

Sería una lengua muy esacta, si el pueblo que la forma cultivase las artes y ciencias sin tomarlas de ningun otro; porque la analogìa en la tal lengua manifiestarìa sensiblemente el progreso de los conocimientos, y no sería necesario buscar la historia de ellos en otra parte: esta sería una lengua verdaderamente sabia, y ella sola lo sería. Pero como son retazos de muchas lenguas estrangeras y diferentes, lo confunden todo; no puede la analogía dar á conocer en las diferentes acepciones de las palabras, el orígen y la generacion de los conocimientos: no sabemos poner precision en nuestros discursos, no pensamos en ello: hacemos preguntas casualmente, y respondemos del mismo modo: abusamos continuamente de las palabras, y no hay opinion, por estravagante que sea, que no encuentre partidarios.

Los filósofos son los que han traido las cosas à tan alto grado de desórden. Ellos han querido hablar de todo, y han hablado tanto peor: y mucho peor lo han hecho por haber querido cada uno aparentar un modo de pensar propio y peculiar aun cuando pensaban como todos los demas. Sutìles, visionarios, singulares, è ininteligibles parece que recelaban no ser bastante obscuros, y procuraban cubrir con un velo sus conocimientos verdaderos, ó fingidos. Por eso la lengua de la filosofìa no ha sido mas que una gerga durante muchos siglos.

Finalmente se desterrò semejante gerga de las ciencias: se desterró, digo; pero no se ha desterrado ella misma: siempre busca en aquellas un asilo, disfrazandose bajo nuevas formas, de modo que los mejores ingenios se ven muy embarazados para cerrarle toda entrada; pero en fin las ciencias han hecho progresos, porque

los filòsofos han observado mejor, y han puesto en su lenguaje la precision y ecsactitud que pusieron en sus observaciones; de manera que el raciocinio ha sido efecto de la correccion de la lengua: de que se infiere que el arte de raciocinar ha seguido todas las variaciones del lenguaje, que es lo que habia de suceder. (*Curso de estudios, histor. ant. lib. 3. cap. 26. histor. mod. lib. 8. y 9. cap. 8. 9. y siguient. finalmente en el lib. ult.*)

CAPITULO V.

Consideraciones sobre las ideas abstractas y generales; ó como el arte de raciocinar se reduce á una lengua esacta.

Las ideas abstractas y generales no son mas que denominaciones.

Las ideas generales, cuya formacion hemos esplicado, hacen parte de la idea total de cada uno de los individuos à quienes convienen, y son consideradas por esta razon como otras tantas ideas parciales. La del *hombre*, por ejemplo, hace parte de las ideas totales de Pedro y de Pablo, pues la encontramos igualmente en Pablo y Pedro.

No hay hombre en general: luego esta idea parcial no tiene realidad fuera de nosotros; pero tiene una en nuestra alma, donde ecsiste separadamente de las ideas totales, ó individuales de que es parte.

No tiene realidad en el alma sino porque la consideramos como separada de cada idea individual; y por esta razon la llamamos *abstracta;* pues *abstracta* no significa otra cosa que *separada.*

Son, pues, las ideas generales otras tantas ideas abstractas; y es claro que solo las formamos tomando en cada idea individual lo que es comun á todas.

¿Pero que es en el fondo la realidad que una idea general y abstracta tiene en nuestra alma? No es mas que un nombre; ó si es alguna otra cosa, deja necesariamente de ser abstracta y general.

Cuando, por ejemplo, pienso en el *hombre*, puedo considerar solamente en esta palabra una denominacion comun; en cuyo caso es bien claro que mi idea está en algun modo circunscripta

á este nombre, que no se estiende mas allá, y que por consiguiente no es mas que este mismo nombre.

Si al contrario, pensando en el *hombre* considero en esta palabra alguna otra cosa mas que una denominacion, es porque me represento un hombre; y un hombre no podria ser en la naturaleza, ni en mi espíritu, el hombre abstracto y general.

No son, pues, las ideas abstractas mas que denominaciones: si quisieramos absolutamente suponer otra cosa, nos pareceriamos à un pintor obstinado en querer pintar al hombre en general, no pudiendo jamas pintar sino individuos.

Por consecuencia el arte de raciocinar se reduce à una lengua esacta.

Esta observacion sobre las ideas abstractas y generales demuestra que su claridad y precision dependen únicamente del òrden con que hemos hecho las denominaciones de las clases; y que por consiguiente para determinar esta especie de ideas, solo hay un medio, este es el formar bien la lengua.

Asimismo confirma lo que y hemos demostrado, esto es, cuan necesarias nos son las palabras; pues si no tuviesemos denominaciones, tampoco tendríamos ideas abstractas: si no tuviesemos ideas asbstractas, tampoco tendriamos géneros y especies, y si no tuvieramos generos y especies, no podriamos raciocinar sobre cosa alguna, y de no poder raciocinar sino con el socorro de estas denominaciones, resulta una nueva prueba de que solo raciocinamos bien ò mal, porque nuestra lengua está bien ò mal formada.

No nos enseñará, pues, la análisis á raciocinar sino en cuanto enseñándonos à determinar las ideas abstractas y generales, nos instruye en formar bien nuestra lengua; y de consiguiente todo el arte de raciocinar se reduce al arte de hablar bien.

Hablar, pues, raciocinar, formarse ideas generales, ò abstractas es en substancia lo mismo; y esta verdad aun siendo tan simple, podria pasar por un descubrimiento. Seguramente se ha juzgado tal, y parece à lo ménos ser así segun se habla y se raciocina, segun el abuso que se ha hecho de las ideas generales, y finalmente por las dificultades que creen encontrar en

concebir ideas abstractas los que no las encuentran para hablar de ellas.

El arte de raciocinar se reduce á una lengua bien formada solamente, porque el òrden en nuestras ideas es la subordinacion misma que hay entre los nombres dados á los géneros y á las especies; y pues no tenemos nuevas ideas sino porque formamos nuevas clases, se infiere claramente que solo determinarémos las ideas en el caso que determinemos las mismas clases. Entònces raciocinarémos bien, porque la analogía nos guiará en nuestros juicios y en la inteligencia de las palabras.

Bien conocida esta verdad, nos preservarà de muchos errores.

Convencidos de que las clases no son mas que denominaciones, no imaginarèmos el suponer que ecsisten en la naturaleza géneros y especies, y no verémos en estas palabras *géneros* y *especies*, sino una manera de clasificar las cosas segun las relaciones que tienen con nosotros y entre ellas. Reconocerèmos que podemos descubrir solamente estas relaciones, y nos convencerèmos de no poder decir lo que ellas son, evitando por consecuencia muchos errores.

Si notamos que todas estas clases nos son necesarias solamente porque necesitamos para formarnos ideas distintas, descomponer los objetos que queremos estudiar, no tan solamente reconocèremos la limitacion de nuestro entendimiento, sino tambien donde están sus límites, y no intentarèmos traspasarlos. No nos estraviarèmos en vanas cuestiones; y en lugar de buscar lo que no podemos hallar, hallarémos lo que sea proporcionado á nuestro alcance: bastarà para esto formarnos ideas esactas: lo que sabrémos siempre que sepamos servirnos de las palabras.

Sabrémos servirnos de las palabras, cuando en lugar de buscar en ellas las esencias de las cosas que no hemos podido aplicarles, busquemos solo lo que les hemos aplicado; á saber, las relaciones de las cosas con nosotros, y las que ellas tienen entre sì.

Sabrémos servirnos de ellas cuando considerándolas con respecto á nuestra limitacion, las miremos solo como un medio de que necesitamos para pensar. Entònces conoceríamos que debe determinar su eleccion la mas perfecta ana-

logìa, que esta debe tambien determinar todas sus acepciones, y limitaríamos necesariamente el nùmero de las palabras á solo el que necesitásemos: no nos estraviaríamos mas entre distinciones frìvolas, divisiones, subdivisiones sin nùmero, y palabras estrangeras, que se hacen bàrbaras en nuestra lengua.

Finalmente sabrémos servirnos de las palabras, cuando la análisis nos haya hecho contraer el hábito de buscar la primera significacion de ellas en su primer empleo, y las demas en la analogía.

La anàlisis es quien forma las lenguas, y créa las artes y ciencias.

A esta sola análisis debemos la facultad de abstraer y generalizar; ella, pues, forma las lenguas: ella nos da ideas esactas de todas especies; en una palabra, por ella nos hacemos capaces de crear las artes y ciencias; digamoslo mejor, ella las ha creado: ha hecho todos los descubrimientos, y no hemos tenido que hacer mas de seguirla. La imaginacion, á la cual se atribuyen todos los talentos, nada sería sin la análisis.

¡Nada sería! Me engaño: serìa un manantial de opiniones, de preocupaciones y de errores; y si ella no la reglase, solo formaríamos sueños estravagantes. En efecto ¿hacen otra cosa los escritores que solo tienen imaginacion?

El camino que la análisis nos delìnea está marcado con una continuacion de observaciones bien hechas, y andamos por él á pie firme, porque sabemos siempre donde nos hallamos, y siempre vemos el parage á donde nos dirigimos: por otra parte la análisis nos ayuda con cuanto puede sernos de algun socorro: nuestro entendimiento, tan endeble por sí mismo, encuentra en ella palancas de todas especies, y observa los fenòmenos de la naturaleza, en algun modo, con la misma facilidad que si él mismo los reglase.

Por ella es menester buscar la verdad, y no por la imaginacion.

Pero para juzgar de lo que la debemos, es necesario conocerla bien; de otro modo nos parecerá ser su obra la de la imaginacion. Porque las ideas que llamamos abstractas, no las perciben los sentidos, creerèmos que no vienen de ellos; y porque entónces no verèmos lo que tienen de comun con nuestras sensaciones, nos imaginarémos que son otra cosa.

Preocupados de este error, nos cegarémos y equivocarèmos so-

bre su origen y generacion: nos será imposible ver lo que son, y sin embargo creeremos estarlo viendo; no esperimentarémos mas que visiones. Unas veces tendrèmos á las ideas por entes ecsistentes por sì mismos en el alma, ya innatos, ó ya añadidos sucesivamente á su ser: otras veces las tendrèmos por entes que solo ecsisten en Dios, y que solo vemos en él. Sueños tales nos separarán necesariamente del camino de los descubrimientos, é irèmos siempre de error en error. Estos son los sistemas que forma la imaginacion: una vez adoptados, ya no nos es posible tener una lengua bien formada; y estamos condenados à raciocinar casi siempre mal, porque raciocinamos mal sobre las facultades de nuestra alma.

No es así como los hombres, segun hemos notado, se conducian al salir de las manos del autor de la naturaleza. Aunque entònces caminasen en sus averiguaciones sin saber que era lo que buscaban, buscaban bien; y lo encontraban muchas veces aun sin advertir que lo habian buscado. La razon es porque las necesida-

dades que el autor de la naturaleza les habia dado, y las circunstancias en que los habia colocado, les precisaban á observar, y les advertian á menudo que no se entregasen á la imaginacion. La análisis, que formaba la lengua, la formaba bien, porque determinaba siempre el sentido de las palabras; y la lengua que aunque no era abundante, estaba bien formada, guiaba á los descubrimientos mas necesarios. Por desgracia no sabian los hombres observar el modo como se instruïan; podria muy bien decirse, que no son capaces de hacer bien, sino aquello que hacen sin saberlo; y los filòsofos, que hubieran debido buscar con mas acierto, han buscado muchas veces para no encontrar nada, ò para estraviarse. *(Curso de estudios, arte de pensar, part. 2. cap. 5.)*